

peles manchados y se les pone al pie esta serie de necedades? Para mí no hay distinción alguna; yo considero esta costumbre una ridiculez, y una burla, aunque no sean intencionales. No sé que dirán los extranjeros cuando ven—si es que acaso lo hacen—estas cosas, pero seguramente debe parecerles algo muy divertido. En efecto, con tal costumbre nos ponemos francamente en ridículo fuera del país.

Toda esa palabrería estúpida es una mentira; no hay en ella un solo sentimiento sincero de admiración, ni de cariño. Sus autores sólo saben fingir. Cada redacción de algunas Revistas literarias de ciertas regiones tropicales de América, es un fábrica de estos *clichés* mentirosos, más ó menos cursis; los hay de todos tamaños y formas, aplicables á chiquillas de diez años y á señoritas de treinta.

Estos insoportables y disparatados lugares comunes en prosa y verso, con los cuales se acostumbra reírse de las señoritas, constituyen un género literario muy característico de estos pueblos. Toda la hojarasca intelectual forastera y criolla encuentra en la moralidad y mentalidad de estas sociedades un estanque de aguas muertas, en donde fácilmente se detiene y flota. Por eso vemos que toda esta hojarasca encuentra asilo y medra en esas antecámaras de ociosidad intelectual y física que se hacen llamar pomposamente revistas y periódicos de Centro América.

Como se ve, en la miserable repetición de ese rimero sonoro de frases hechas é ininteligibles, existe otro modo de luchar con los encantos de las señoritas, pues hay un montón de prójimos que viven de estar ordenando *clichés* para las crónicas de baile ó para los retratos. Es otro modo de explotar la ociosidad é irreflexión de estas gentes.

Las señoritas que nos leen, si en algo se estiman, no